

Un Verano (im)perfecto

Enara Ziaran



Un verano (im)perfecto

Enara Ziaran

atchstories

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

© Enara Ziaran, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

© Ilustraciones del interior: Shutterstock

Primera edición: julio de 2025

ISBN: 978-84-08-30602-3

Depósito legal: B. 10.581-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.





Savannah

«Esto no me puede estar pasando a mí.»

—Mamá, por favor, no me hagas esto.

Ni siquiera soy capaz de mirarla cuando pronuncio las primeras palabras de todo este eterno viaje, porque sé que me voy a enfadar aún más si cabe. Ella no responde, porque sabe que, cuando entro en este bucle, es mejor dejarlo estar, así que en su lugar canta más alto y sube el volumen de la música. Este es el momento en el que siento que mi paciencia se va a agotar.

Es como si mi vida fuera una película de bajo presupuesto cuyos guionistas hubieran agotado ya todos sus recursos y necesitaran sacar giros de trama de cualquier parte. Sí, tiene que ser algo así; si no, me costaría demasiado trabajo explicar qué hago metida en un coche con mi madre y mi hermano yendo a Holy Bay, donde tenemos una casa familiar que ya no es tan familiar porque mis padres se han divorciado. Por si fuera poco, apenas puedo mirar a mi padre a la cara desde que tiene una nueva novia a la que ha invitado a venir, sin tener en cuenta qué pensaríamos mi hermano y yo, y por alguna razón totalmente ilógica mi madre se ha empeñado en obligarme a pasar el maldito verano con ellos. Es que parece la sinopsis de la peli de una tarde de domingo, pero no..., no es ficción. Es real.

Es el infierno y yo siento que estoy aporreando sus puertas cuando lo que debería hacer sería correr en dirección contraria.

«Esto solo me puede estar pasando a mí», me corrijo en mis

pensamientos tras reflexionar sobre la cantidad de desgracias que me ocurren de forma habitual. Se acumulan y al final estallo, pero todo el mundo pretende que llegue y sonría como si nada; que disfrute de estas vacaciones como si todo fuera igual que siempre y nada estuviera fuera de su sitio, como si nada hubiese cambiado.

—Estamos cerca —informa mamá. La música está tan alta en este punto del viaje que si la he oído ha sido de puro milagro.

—Lo sé.

Estoy muy familiarizada con el trayecto, pues son muchos veranos viniendo aquí: todos salvo el anterior. Esa es nuestra única cruz en el historial estival en Holy Bay. Reconozco cada línea en la carretera, así como todos y cada uno de los carteles que anuncian que nos vamos aproximando. Este lugar ha sido siempre un refugio para mí, la razón de que fuese tan feliz cuando llegaba esta época del año. Me llenaba de vida, de risas y de ganas de lanzarme a la aventura. Este año, por el contrario, a medida que nos acercamos no puedo evitar apretar los brazos contra mi estómago en un intento fallido de frenar las náuseas. Nunca pensé que Holy Bay pudiera dejar de ser lo que era.

Ahora tengo dudas, tengo inseguridades.

Tengo miedo.

Respiro hondo mientras observo el paisaje a través de la ventana, en un intento de calmarme para no hacer estallar la Tercera Guerra Mundial nada más llegar. Hasta hace unos meses estaba en fase de negación, pero ahora siento que empiezo a empaparme de la ira y me pregunto si sería mejor seguir explorando mis sentimientos y avanzar o quedarme estancada como modo de protección. Por cómo soy, diría que esta última opción, en realidad, está fuera de consideración, así que creo que solo queda avanzar hasta llegar a asumir todo lo que ha pasado en los últimos tiempos. Poca cosa: un divorcio, una lesión que me apartó de un deporte que daba sentido a mi existencia y acabar el instituto sin tener ni idea de lo que voy a hacer con mi vida a partir de ahora. La Santísima Trinidad.

Solo me queda fingir día tras día, tachando fechas en el calendario hasta llegar a la meta: el final de esta estación infernal. Creo que es la primera vez que el fin del verano me resulta apetecible.

Por un instante me veo como Eva en mitad del paraíso, sintiéndose tentada por la manzana..., solo que ni estoy en un paraíso ni el final de las vacaciones está al alcance de mi mano. Más bien soy una pobre alma atascada en el purgatorio.

—Aún no hemos llegado y ya me quiero ir —me quejo. Resoplo. Solo deseo que dé la vuelta.

—Tranquila, mi reina, todo va a ir bien. El verano va a estar *muy padre*, más de lo que crees.

Mientras recorremos la calle principal de nuestro tranquilo vecindario, ya soy capaz de vislumbrar la casa, con el tejado a dos aguas, las paredes blancas impolutas y esa puerta azul que tanto me gustaba. Hay tiestos con flores de colores diferentes atados a las vallas que rodean la casa para decorarla y darle un poco de vida: hortensias, dalias, margaritas... Es la primera vez que esta primera toma de contacto no me transmite nada bueno, porque ya no lo siento como un hogar. Lo que ven mis ojos es un edificio sin vida que tiene la mala fortuna de estar lleno de muchos recuerdos que van a perderse.

Mamá aparca en la acera de enfrente, en lugar de hacerlo en el garaje como acostumbraba, y ese simple gesto duele más que una patada en el estómago: ella ya no pertenece aquí.

Nada más echar el freno, mi hermano hace amago de bajar del coche. Pongo los ojos en blanco. No entiendo por qué le emociona tanto venir y tampoco por qué parece no importarle todo lo que ha pasado desde que mamá y papá se separaron. A veces juraría que Bastian vive una realidad paralela muy diferente a la mía, y es en esos momentos en los que me tengo que recordar que somos hermanos, porque, salvo por los rasgos latinos que ambos compartimos por herencia de nuestra madre, no nos parecemos en absolutamente nada.

—¡Sebastian! —lo regaña mamá, un poco ofendida por su actitud despreocupada de siempre—. ¿Ni un beso?

—Perdón...

Se estira para darle un sonoro beso en la mejilla y se nota que esa sencilla acción la reconforta por la forma en la que sonrío.

—Pásatelo bien, cariño. Te quiero.

Bastian se frota las manos y pone morritos para lanzar besos al

aire. No le hace falta esforzarse mucho, porque tiene unos labios bastante gruesos, además de unas facciones bien marcadas, unos ojos felinos que te atraviesan y una sonrisa muy picarona que le funciona para todo. El imbécil se llevó casi todo lo bueno para él en el reparto genético, a pesar de que yo fui la primera en llegar. Ventajas de hermano pequeño... Nada nuevo en el horizonte.

—Eso está hecho. ¡Y yo, mamá!

Esta vez sí, baja del vehículo como si tuviera un petardo a punto de estallar incrustado en el trasero y abre el maletero. Una vez que ha sacado de dentro una única mochila enana en la que no me explico aún cómo le caben toda la ropa y pertenencias varias, se marcha sin mirar atrás.

Lo que decía: Bastian y yo somos totalmente diferentes.

—Qué mayores os estáis haciendo —susurra mamá.

—Unas más que otros...

Me reclino en el asiento, regocijándome un poco más en la seguridad que me da estar en el coche unos segundos suplementarios, alargando esta despedida lo máximo posible. Contemplo desde aquí la casa y me llevan los mil demonios cuando percibo un movimiento al otro lado de la cortina que cubre el ventanal derecho de la planta superior... en la habitación de invitados que, sin duda, debería estar vacía, como todos los años.

Está claro que a esta película aún le faltan giros de trama y los guionistas no se han quedado satisfechos con lo terrible que era ya la situación, puesto que han decidido añadir un personaje extra que solo va a complicarlo todo más: Benjamin Scott. El nadador. El sobrino de Jessica. Mi peor pesadilla a partir de hoy.

Cojo aire porque sé que no serán unas vacaciones normales.

Junio ya no es lo que era y este será, sin duda, el peor verano de mi vida.



Savannah

—Mamá, por favor, llévame de vuelta a casa. Te lo ruego.

Mi madre me mira y percibo en sus ojos una mezcla de demasiadas emociones: nostalgia, ternura, pena... Al mismo tiempo, la encuentro tan serena que no me puedo creer su actitud. No sé cómo no se le revuelven las tripas y los recuerdos estando de nuevo frente a nuestra casa de verano.

En especial sabiendo que va a tener que irse por donde ha venido.

Aquí hemos creado infinitos recuerdos bonitos. No puedo evocar ni un solo mal momento. Echo un vistazo al porche y me vienen a la mente todos los libros que he devorado en la hamaca que cuelga del techo. Oigo las risas cuando detengo la vista en la piscina, que asoma por el lateral de la casa, y por un instante parece que nada de eso ha desaparecido. Es como si esos recuerdos siguieran ahí, atrapados en el aire, esperando a que lleguemos un año más.

—Cariño, sabes que me da mucha pena separarme de vosotros, pero no quiero que dejes de disfrutar de estas vacaciones. Haz como tu hermano: ¡vive la vida! Holy Bay es lo mismo de siempre, nada cambió. —Baja la ventanilla y respira hondo. Una sonrisa florece en sus labios—. ¿Ves? Huele igual.

—No, hemos cambiado nosotras. Y eso lo pone todo patas arriba.

—A veces los cambios son necesarios, lo sabes.

—Pero yo quiero estar contigo, mamá.

—Papá os cuidará bien. Siempre lo hizo.

—¿Ahora lo defiendes? —le recrimino, enfadada.

No llevo nada bien el tema del divorcio, aunque eso salta a la vista. Ha pasado más de un año y la herida sigue ahí, sin cicatrizar. Me hace preguntarme si algún día el dolor cesará, si tendrá un final.

Siempre soñé con ser la familia perfecta de las postales y me negaba a darme cuenta de que algo no iba bien. A pesar de que las discusiones se multiplicaban cada año y que se hacía cada vez más evidente con el tiempo que papá y mamá comenzaban a hacer vidas separadas, intenté no pensar en ello hasta que la realidad me golpeó.

Y ahora estamos así.

—Sabes que, a pesar de todo, quiero mucho a tu padre. Le guardo cariño por todos estos años juntos. —Me acaricia la barbilla y pienso en zafarme de su agarre, pero luego recuerdo que no volveré a verla en todo el verano y permanezco quieta. Intento controlar mi mal genio por una vez—. Compartimos el mayor tesoro que alguien podría tener: dos maravillosos hijos.

Es la primera vez que mamá no pasará estos meses en Holy Bay con nosotros y eso me parte el corazón. Aunque, en realidad, no es lo peor de todo.

—No quiero estar con ella.

—Es una mujer muy agradable, cariño. Dale una oportunidad.

Frunzo el ceño. No. Me niego a compartir el verano con Jessica. Apenas sé nada de ella y la verdad es que no estoy dispuesta a conocerla tan de golpe. Cuando papá me dijo que había invitado a su nueva novia —¡y a su sobrino!— a pasar estas vacaciones con nosotros... estuve al borde de sufrir un infarto. No me desmayé de milagro.

Vale, es posible que sea un poco dramática a veces, pero yo soy así. No puedo ser de otra manera. Es un rasgo inherente a mi personalidad.

—Savannah... —Mamá me agarra las manos y las aprieta con cariño—. Por favor, sé que eres mayorcita, pero pórtate bien. Controla ese carácter. Aunque sabes que me gusta que tengas las ideas tan claras y que siempre sepas lo que quieres, ella no tiene la culpa de nada. ¿Tendrás paciencia?

—Sí...

Respondo de forma automática porque ignoro por completo lo que va a pasar. A veces soy una granada de mano. Un poco —demasiado— explosiva. Cuando algo se me mete en la cabeza, no hay marcha atrás.

Yo siempre lo doy todo hasta conseguir lo que quiero.

—Cúidate, mamá. Prometo no acosarte mediante llamadas por FaceTime cada dos minutos. Quizá cada media hora, como mucho.

Ella estalla en carcajadas. La miro mientras ríe y casi me contagia el buen humor, si no fuera porque en estos momentos es imposible que me ría. Mi madre es una mujer preciosa y joven, más que el resto de las madres de mis compañeras del instituto, ya que nos tuvo a ambos muy pronto. Tiene los labios carnosos —que ambos hemos heredado, aunque Bastian el que más con diferencia— y brillantes a causa del *gloss* rosa. Lleva el cabello largo y moreno recogido en una coleta lisa, y tiene las cejas bien definidas, la cintura bien marcada... Parece una modelo. Tiene un cuerpo de escándalo y sabe cómo moverlo cuando sale a bailar.

—*Ándate, mami*. —Siempre me llama así. Se siente muy orgullosa de sus raíces mexicanas y no es para menos. Con ella siempre hablo español, desde que era pequeña, así que he conseguido cierta fluidez. Es lo único que se me da mejor que a Bastian—. Te quiero infinito.

—Y yo a ti.

Nos fundimos en un abrazo que desearía que no acabase jamás. Respiro hondo cuando me separo de ella y termino saliendo del coche. Abro el maletero del 4x4 y saco todas mis cosas, que, como era de esperar, multiplican por un millón las de mi hermano. Cruzo la valla principal, que ya está abierta porque Bastian la ha dejado así, y me dirijo hacia la casa sin mirar atrás, intentando adoptar la misma actitud que él. Avanzo despreocupada (mentira) y decidida (en realidad, no).

«Tú puedes, Savannah.»

Voy a abrir la puerta cuando, de repente, alguien sale a todo correr desde el interior de la vivienda y choca conmigo, haciendo que pierda el equilibrio y caiga al suelo. Las maletas también ruedan lejos de mí y una de ellas —que viajaba a medio cerrar porque no me cabe toda la ropa— se abre de par en par tras el impacto.

Estoy intentando levantarme cuando alguien me ofrece su mano.

—Joder, lo siento. ¿Estás bien?

Me llevo la mano al lado derecho de la cabeza, donde me he golpeado. Aún no he reparado en él, pero pronto lo hago.

Es Benjamin Scott.

Está de pie frente a mí, sin camiseta y con las gafas de nadar colgadas del cuello. Benjamin, el nadador, el popular, el tío más deseado. El arrogante, chulo y guaperas.

El sobrino de Jessica, la nueva novia de mi padre.

El tipo con el que voy a tener que compartir la casa todo el verano y al que, por supuesto, no soporto.

«Empezamos bien...»